

VII Certamen de Cuentos y Relatos Breves Junto al Fogaril. 2014 - 1er. Premio.

Autor: Juan Lorenzo Collado Gómez

EL NEGRO ES SU COLOR

Seudónimo: LINGER

El chico del reparto acaba de dejar la prensa sobre el mostrador y se ha marchado después de mascullar un saludo mientras yo atiendo a un hombre interesado en una pluma que, de venderla, me dará suficiente beneficio para todo el mes. Hay gente caprichosa y, para mi negocio de revistas, regalos y artículos de escritura, es perfecta.

El hombre mira la pluma con satisfacción mientras yo digo esas palabras referidas a la exclusividad, a la belleza del elemento en cuestión, a su trazo... Todas las cosas que hacen de la pluma un elemento distintivo para alguien que desea hacer un trazo diferente al de los demás, que la pluma inspire sus ideas para conseguir un mejor escrito.

La ha comprado. Le abro la puerta llena de satisfacción, atiendo a otros clientes que han esperado pacientemente su turno y, por fin, me quedo sola para abrir el periódico y buscar esas páginas donde encuentro mi pasatiempo favorito. El día anterior debió de ser una jornada bastante movidita a juzgar por la gran cantidad de necrológicas que inundan las páginas del periódico, por lo que puedo elegir el lugar donde pasar algunas horas. He de decir que no me gustan, a pesar de su tremenda actualidad, los tanatorios. Donde se ponga una despedida con el calor del hogar. Agua del Carmen, el café de puchero, los rollos fritos y la mistela..., que se quiten todas estas cosas tan modernas con máquinas de café, bocadillos de lomo a la plancha, helados, etc. No, lo mejor es la tradición, esas usanzas añejas que dejan el regusto de las cosas

bien hechas.

Había donde elegir y, después de sopesar las distintas posibilidades, seleccioné la opción de un hombre de cincuenta años, casado, con una hija y esposa desconsoladas, que descansa en su casa a las afueras de la ciudad. Guardo otro par de anuncios por si con el elegido, llegado el momento, encontrara problemas o no me interesara. Tras comer un tentempié, me pongo el traje adecuado y voy hasta el autobús para dirigirme al lugar donde pasar unas horas antes de la ceremonia.

Me encanta cotillear en busca de parte de su vida a través de los pocos datos del anuncio, y en este caso la suerte ha estado de mi parte y he podido ver el lugar donde trabajaba y caminar por su calle. Quiero conocer al hombre que espero me procure unas horas agradables.

He ido a la pastelería que hay en la misma calle y, provista de unos rollos de anís y un termo de café con leche, he subido por fin a la vivienda donde la puerta está abierta.

Me detengo unos instantes esperando que alguien se fije en mí, tan preparada para la ocasión. Pasa una mujer que desconozco y me pregunta por mi relación con el finado mientras me coge las manos con ternura, mi indumentaria le hace pensar que soy muy allegada, y me da un beso en la mejilla.

-Yo era amiga íntima de Francisco. Tantos buenos momentos juntos y ahora sólo me quedan unas horas para hacerle compañía.

La desconocida no puede dejar escapar una lágrima y me acompaña hasta la habitación donde una mujer con rostro cansado y ojos enrojecidos está sentada, junto con otras personas, alrededor del féretro. Miro a Francisco y pienso que es bastante feo, pero qué le vamos a hacer, otras veces ha sido peor.

Me miran, la florecita azul en el ojal queda maravillosa y el sombrerito es tan actual. Soy la envidia a pesar de que mi rostro imprime sufrimiento por la pérdida del amigo.

La mujer que está sentada junto a la esposa se levanta y viene a saludarme, no puede evitar sorpresa por encontrar de luto riguroso a una desconocida. Estoy segura de que es la

hija, a la que doy un par de besos después de decirle las consabidas palabras de aliento.

Abro el paquetito con los dulces y le hago tocar las paredes del termo de café con leche para que advierta que está calentito y encuentro en ella una sonrisa de agradecimiento, incluso me dice que le suena mi cara de alguna ocasión que ha olvidado.

-Unos vasos, por favor.

Mientras ella se dirige a la cocina para traerlos, me siento en su silla, junto a su madre, y miro con detenimiento al tal Francisco que en gloria esté y vuelvo a pensar que vaya mal gusto tenía esa mujer, aunque, bien mirado, ella tampoco es ninguna ninfa; si bien la ocasión no invite a ello, arreglarse un poquito no cuesta nada, si no, que me miren a mí. No hay nadie que vaya a dar el pésame que dude entre dárselo a ella o a mí, y algunos lo hacen con las dos, y los que no nos conocen a ninguna llegan a hacerlo conmigo hasta que les indico que no soy la mujer del finado.

-Gracias, dice alargando la mano, con un susurro que parece venido del más allá.

La hija regresa y duda entre decirme que ese es su sitio o dejar las cosas como están; y ésa es su decisión cuando ve que mis ojos se cubren con un velo que dejo caer desde el gorrito y, en actitud triste, manoseo las cuentas del rosario mientras soy toda oídos a los comentarios de unas y otras mujeres que hacen corro en el velatorio.

Con una rapidez pasmosa -suele ocurrir en esos actos- voy conociendo cosas de su existencia. Todo el mundo parece querer ser parte importante en la vida del fallecido dando a saber datos sobre sus vivencias.

-Me encantaba su forma de peinarme. Cuando lavaba el cabello y masajeaba mis sienes era algo fantástico...

-¿Le lavaba el pelo? No me lo puedo creer, para eso ya estaba Manoli.

Un rastro de incredulidad, de celos, aparece en la viuda, que deja a un lado su actitud desvanecida y se estira en la silla pareciendo más alta. Por un instante, me parece que quiere hasta ser guapa, se arrepiente de no haberse arreglado un poco mientras yo sé que no sólo era peluquero sino que le gustaba la pesca, ir a coger setas y los viajes.

-Y además le encantaba hablar de setas, conocía cualquier variedad. Era un verdadero especialista al que le gustaba enseñar su conocimiento...

-¿También la llevó a coger setas?

Me levanto el velo y dejo el rosario en una de mis manos mientras tiendo la otra para coger las de ella, que están en el regazo, y las acaricio con cariño intentando aliviar su pena, que ha encontrado un hueco por donde escapa vertiginosa, acompañada de dudas.

Se levanta y la hija, a quien he despojado de su silla, la acompaña dejando el termo y los rollos sobre la mesa. Ésa es una oportunidad única y soy yo quien reparte entre las plañideras los vasos para echar café con leche y repartir los dulces.

Las mujeres, apesadumbradas de ver mi entereza entre el dolor, llegan a acariciarme las manos mientras reparto los vasos y me miran con caras lastimeras. En ese intervalo, algunas personas que llegan me dan el pésame a falta de la viuda y regreso a mi lugar donde miro al difunto sin verle y escucho cualquier comentario que convenga a mis intereses.

Julia regresa y se detiene a mi lado.

-Y, usted, ¿de qué conocía a mi marido?

La pregunta es de libro y miro a la viuda con curiosidad. Dudo. A pesar de esperada, no tengo decidido qué camino tomar.

-Cosas de juventud.

Intento ir muy atrás, donde ella no me encuentre en la relación que invento con él.

-Pues no la recuerdo y yo, a Francisco, lo conocí hace muchos años, éramos unos críos y estábamos estudiando, antes del instituto.

Eso si que es un amor de toda la vida. ¡Desde chiquillos! Con las cosas que se pueden hacer y atarse desde casi niños a una relación. ¡Ay Señor, qué cosas!

-Luego nos vinimos a la ciudad y hemos vivido aquí siempre.

Pelillos a la mar. Lo mejor es dar un buen capotazo, porque hay que hacerle ver que hay muchas amistades que perduran y que se trata de un reencuentro en la ciudad, casual, por supuesto, y luego vernos ocasionalmente, sin cama ni esas cosas.

Me mira y no se fía, la duda le hace hervir la sangre, lo noto. ¿Qué hago yo allí? ¿Qué había entre nosotros que me produce el aparente dolor que nuestro? Quiere que me vaya, que salga inmediatamente de su casa y, a la vez, quiere que me quede y que hable con ella, que le diga que no hay nada entre nosotros, quiere que la duda que desde mi llegada la atenaza desaparezca.

-¿Trabajaron juntos en la fábrica de papel? Fue su primer empleo en la ciudad.

No. No hemos trabajado juntos pero yo iba a la misma clase de la universidad popular que él. Nos gustaban los paseos por el campo y las rutas micológicas que se organizaban.

Me observa y cruza por delante de mí hasta su silla y lo mira intentado ver en el blanco de su rostro la verdad de mis palabras.

-Julia, ¿a ti no te gustaban sus aficiones?

Advierto que se relaja, y que, aunque no quiera abrirme sus sentimientos, quiere saber de mí y de su marido. La curiosidad será la puerta para conocerla, para disfrutar de la situación.

-El fútbol, las setas y la pesca, la música clásica, sus tertulias en el casino, las películas antiguas... Todo eso no era para mí. A mí me gustan los programas rosas y de cotilleo, el cine de amor, el Semana y el Hola..., es que nuestros gustos, con el tiempo eran cada vez más diferentes.

No es oro todo lo que reluce y la vida de amor es un fracaso o sencillamente una posibilidad de rutina a la que parecen acostumbrados, apenas había entre ellos algo que no fueran cosas sin ninguna emoción.

La voz de su hija nos saca de nuestra conversación. Llegan algunos familiares del pueblo, allegados de Francisco, de aquellos que hace tanto tiempo que no han visto y se deciden a ir al sepelio porque esa es la última ocasión de estar al lado de alguien a quien no se ha olvidado del todo.

Julia se levanta y va a su encuentro y espera en otra habitación a que entren para hablar con ellos y a que le den sus condolencias y yo estiro un poco el cuerpo y miro hacia la

puerta dejando que nuevamente el velo me cubra los ojos y así, cuando alguno de los viajeros omite el trámite con la viuda se encuentra con que están frente a ella y se dejan llevar por la emoción para decirme “cuánto lo siento, Julia”. Y yo me levanto y les estrecho la mano sin querer sacarlos del error. “Estás tan guapa como siempre, Julia”, me dice una señora. “Por ti no pasa el tiempo”. Y yo dejé que las palabras se desconchen del pasado que hago mío y les sonrío sin quitarles la razón, como si él hubiera sido parte de mi vida, que las lágrimas escapen de mis ojos porque estoy plenamente metida en mi papel y siento el dolor de la pérdida.

La confusión se adueña de los que, tras hablar con la viuda, entran en la sala y me encuentran hecha un mar de lágrimas y no saben si darme a mí también el pésame o si se habrán equivocado y han estado con una mujer que no corresponde.

Recuerdo la esquila, la hora del entierro y sé que queda poco tiempo para la misa, quizá por eso la afluencia de gente en esos momentos se incrementa y Julia vuelve y, sin rencor, se sienta a mi lado.

-Pobre. ¿Lo sientes mucho?

En ese momento, Francisco es un amigo mío de toda la vida y lo siento de verdad y se lo digo de corazón por todos esos buenos momentos que pasamos la última temporada caminando por los montes y encontrando todas esas setas que luego estaban deliciosas, aunque yo, sin la opinión de un experto, no me atrevería a probarlas nunca, y ella sonrío diciendo que en ese caso es como yo y acierto a encontrar alivio en sus palabras y quiero ser un poco más yo misma para decirle que en el último número de Hola vienen unos reportajes fabulosos sobre los premios del cine y cómo van vestidas las estrellas, y le hablo de la nueva sección donde se descubre cómo vive mucha gente corriente y que dos de las mujeres que entran en el número son de la ciudad, lo que despierta enormemente su curiosidad.

Acaba de entrar alguien que me mira fijamente, como si descubriera mi identidad pero no dice nada, sólo mira, quizá sea curiosidad y me escondo un poco más bajo el velo y miro a Julia.

-¿Qué vas a hacer ahora?

Responde a mi pregunta con una interrogación encogiéndose de hombros. Cobrar la pensión que quede de su marido, pero sabe que será poco porque es fallecimiento por enfermedad común. Me pregunta si yo conozco algún lugar donde pueda trabajar. Me sorprende su franqueza o ingenuidad a su edad pero ella es así y cada vez me cae mejor. Le prometo que si sé de algún trabajo que se adapte a sus habilidades la llamaré, pero es que no ha hecho nada nunca salvo ser ama de casa y eso está mal pagado, y en los tiempos de crisis que corren es muy difícil encontrar un trabajo para quien siempre se ha dedicado a las tareas del hogar.

El hombre sigue ahí. Cuando mantengo su mirada, me evita. No lo conozco, pero es posible que me haya visto en la tienda y, si se le ocurre decir algo, tendré que improvisar alguna excusa. Cuando se da cuenta de que lo observo, se marcha de la habitación y, por un instante, me queda la duda de saber por qué me miraba con insistencia, pero la voz de Julia me saca de cualquier pensamiento.

-¿Había algo entre vosotros?

La miro y me apetece reírme, pero me mantengo seria, no cabe una sonrisa en ese momento.

-Amistad.

-Sabes a lo que me refiero.

Ahora sí que sonrío y le insisto en que nosotros sólo éramos amigos, que nos gustaba tomar café ocasionalmente y que no éramos nada más. La mujer no lo cree tan fácilmente. ¿Qué hago vestida así si él no era para mí algo tan especial?

-Era sólo un buen amigo. Créame.

Ella lo mira y luego se queda fija en sus manos como si buscara algo en el mapa del tiempo que dibujan sus rayas. Mira la hora y mueve los labios hablando en un susurro y supongo que le gustaría tener un momento de intimidad con él, pero allí hay demasiada gente y, además del grupo de las mujeres alrededor de féretro, entran y salen los que van llegando o

quieren despedirse por última vez de Francisco y siguen, ocasionalmente, dudando a qué viuda dar el pésame.

Estoy disfrutando enormemente. Todo sale a pedir de boca y pocas veces consigo un efecto tan apasionante. Qué pena no haberlo conocido en vida para degustar un poco más las sensaciones que ofrece la situación.

-Estaría bien un traguito.

Julia me mira y me pregunta si me gusta la mistela y asiento sonriendo mientras otras mujeres atentas a la conversación nos miran. Llama a su hija, que habla en esos momentos con unos recién llegados, y le pide que traiga unos vasitos y la botella de mistela. Su hija la mira interrogante, como si no le pareciera bien lo que solicita su madre, hasta que una de las mujeres la anima a hacer lo que le piden y se va para volver con una botella de mistela sin abrir y varios vasitos que son rápidamente acaparados por las plañideras.

Una segunda ronda sucede pronto a la primera y la mujer del fondo se decide a contar un chiste que hace a la concurrencia sonreír, intentando reprimir la carcajada. Apenas queda para una tercera ronda y, tras el trago, Julia me mira.

-¿Te puedes creer que he pensado que teníais una relación sexual?

Julia deja a sus labios mostrar una leve risa mientras las palabras referidas al sexo tienen un efecto demoledor en las demás mujeres, que se callan inmediatamente para ver de qué hablamos. Pero, para ellas, la conversación es decepcionante porque yo vuelvo a hablar de la amistad, de charlar, de tomar un café o simplemente inventar recuerdos. No estoy allí para echar carnaza, disfruto de la expectación, de que ya todas aquellas mujeres esperasen la declaración de un amor extraconyugal, de la existencia de un hijo oculto, para poder contarlo después como primicia y se preguntan qué hago allí vestida de viuda dolorida. Todas menos Julia, que me coge de la mano para decirme que es duro perder un amigo de toda la vida.

En ese momento entra un hombre vestido de azul oscuro y mira en nuestra dirección dudando a quién dirigirse y resuelve hacerlo alternativamente.

-Es la hora: cuando quieran, lo preparamos.

Julia se pone la mano en el pecho, la chispa de la mistela desaparece inmediatamente y le falta la respiración. La tumbamos en el suelo, parece que se asfixia y, finalmente, ya que no hay nadie que entienda nada de primeros auxilios y para escándalo de los presentes, coloco mi boca sobre la suya y la ayudo a respirar, y ése sí que es un momento en el que la adrenalina se estampa por mis venas y soy yo la que apenas puede respirar de deleite.

Todo parece haberse apresurado y es la hija quien toma las riendas del asunto y pone a trabajar a los operarios de la funeraria y Julia me abraza pensando que estaría muerta en ese momento de no ser por mi actuación.

Julia se siente sola, demasiado sola por primera vez y sabe que la noche será muy dura para ella y me coge de la mano haciéndome más protagonista todavía del acto, hasta tal punto que cuando cierran la tapa se acerca alguien para ofrecerme un brazo que me acompañe en el duro trance de ir a la iglesia, pero Julia no se da cuenta de eso y es su hija la que se coloca a su lado para hacer el corto trayecto hasta la parroquia, donde se celebrará la misa de córpore in sepulto y esa parte es quizá mucho más interesante porque ya todo el mundo se pregunta quién soy yo, la mujer que camina próxima a Julia, y siento ganas de reírme cuando entramos detrás del féretro y el sacerdote nos mira sin saber a quién dar el pésame y se decide por ella primero. Es una lástima porque hubiera sido el triunfo definitivo del papel que asumo desde que llegué al velatorio. Sin que nadie me invite, me siento en la primera fila y es la hija la que me mira sin saber muy bien qué hacer, y decide no hacer nada, dejándome allí sentada para que siga con mi papel hasta que va pasando la gente y me dan la mano, muchos pensando que soy un familiar allegado y algunos como si yo fuera la viuda, y cada vez que estrecho una mano y miro a quien me da el pésame como si hubiera compartido la vida con Francisco siento un golpe de intenso deleite recorrer todo el cuerpo.

Julia no se sostiene en pie y yo aguanto el tipo a su lado. Cuando salimos a la calle miro partir los coches camino del cementerio y ya no hago nada por ir con ellas, me voy quedando atrás y camino en dirección contraria hasta que entro en un portal y me quito el sombrero y el velo y doy la vuelta a la chaqueta reversible de donde surge un inesperado color

rojo que combina perfectamente con el resto de la indumentaria negra.